

tasas negativas, y países con tasas altas y dinámicas; b) la tendencia al envejecimiento y la longevidad de las poblaciones, de tal manera que a medida que se amplía la esperanza de vida se extiende la duración de la vejez, lo cual debe entenderse como un desafío y no como un problema, como una conquista civilizatoria y no como una carga actuarial, y c) la intensificación, diversificación y complejización de los fenómenos migratorios.

Me extenderé sobre este último punto, no sólo por su relevancia en términos numéricos, sino porque probablemente los desafíos en materia migratoria que se enfrentan en la actualidad son la expresión más acabada de las contradicciones de la hiperglobalización.

Las migraciones están hoy en el centro de las disputas políticas. Por ello, a pesar de que la discriminación contra las poblaciones migrantes, en particular las pobres y carenciadas, tiene carácter estructural y se manifiesta en todas las sociedades, estamos en un periodo en el que la explotación política de la xenofobia se encuentra a la orden del día; las ofertas y posturas en materia migratoria están decidiendo elecciones y abriendo el espacio para que prosperen propuestas extremistas que hasta hace muy poco hubieran parecido impensables o radicalmente marginales.

Adelanto la hipótesis de que lo anterior no ha sucedido necesariamente por la intensificación de las migraciones en sí mismas, sino porque los patrones migratorios se producen en el contexto de los cambios que he descrito, en los que a las privaciones y carencias de los países expulsores se suma la creciente desprotección, precarización e incertidumbre de las poblaciones en los países receptores, en particular entre las clases trabajadoras con menor instrucción y remuneración.

El vínculo entre los ciclos económicos, los flujos migratorios y las políticas de integración o rechazo de las personas migrantes ha sido muy estudiado. La xenofobia, pero sobre todo la aporofobia

—volveré sobre esto más adelante—, se incrementan y disparan en las fases recesivas del ciclo económico, y no necesariamente en las fases expansivas, porque éstas, por su propia naturaleza, demandan mayores volúmenes de empleo y trabajadores, con lo que se relaja la percepción de que los migrantes son depredadores de la estructura salarial y competidores desleales frente a empleos cada vez más escasos.

Se hace camino al migrar

Junto con la persistencia o incluso la ampliación de las brechas salariales y de bienestar entre países centrales y periféricos, en estos últimos se vive una demografía muy dinámica, pero también muy diversa de uno a otro, que incluye tasas altas de crecimiento con bonos demográficos desaprovechados que se expresan en poblaciones juveniles excluidas. No puede constituir una sorpresa que todo esto genere presiones migratorias intranacionales, intrarregionales y extrarregionales de gran envergadura. Por ello hay que ver los procesos migratorios en su complejidad y diversificación, como he señalado, dentro y fuera de los países, de las regiones y de los continentes.

Latinoamérica y el Caribe constituyen una región de migraciones intensas, persistentes y diferenciadas, en la que se manifiestan tres patrones distintos de migración internacional: la migración extrarregional, fundamentalmente a Estados Unidos, Canadá y España; la inmigración histórica de ultramar, procedente de España e Italia, y los intercambios intrarregionales entre países latinoamericanos y caribeños (Martínez y Orrego, 2016).

En este contexto habría que subrayar la creciente importancia de la migración intrarregional, y dentro de ella, su cada vez mayor composición transfronteriza, tal y como se indica en el Observatorio Demográfico de 2018, en el que se muestra que la migración entre países vecinos, a la cual se le denomina transfronteriza,